

ALEJANDRO

Y yo le debí un cariño entrañable que nunca olvidaré.

EL CURA

Pues si van ustedes hacia allá mandaré á Valtierra un propio avisándole su visita.

ALEJANDRO

Atenaida le habrá prevenido por los maranchoneros.

ATENAIDA

Qué maranchoneros; días ha que lo sabe y nos está esperando.

PAJÓN

Y si fuera menester otro recado, yo lo llevaría.

ATENAIDA

No es preciso. Mañana, víspera de San Juan, llegaremos allá.

EL CURA

Sí, porque hemos convenido que esta noche la pasarán ustedes con nosotros.

CUADRO SÉPTIMO

ESCENA ÚNICA

Solsticio de verano. Noche de San Juan. Feraz campiña; paisaje espléndido; los árboles cargados de fruto; el suelo tapizado de florecillas silvestres; cielo espléndido, sin nubes; brillan las estrellas con extraordinario fulgor; la Vía Láctea semeja un río de polvo luminoso. En la tierra, hogueras próximas y lejanas; rumor de rondallas y cánticos alegres. ALEJANDRO y ATENAIDA avanzan, contemplando embelesados la ideal hermosura de la tierra y del cielo.

ALEJANDRO

¿Hemos llegado, amada mía?

ATENAIDA

Estamos frente al Campo de la Vera; tocamos al término de nuestra caminata fatigosa, y no tardaremos en llegar á la granja que habita el patriarca Valtierra.

ALEJANDRO

(Con alegría.) ¿Estás segura de lo que dices?

ATENAIDA

Tan segura que ya veo la casa.

ALEJANDRO

Dios bendiga tu boca; bendiga también tus ojos que todo lo ven.

ATENAIDA

Tanto alcanza mi vista, que desde que salimos de Ursaria estoy viendo este suelo fecundo donde tu existencia y la mía alcanzarán la paz y la felicidad.

ALEJANDRO

Cierto que esos bienes se hallan vinculados en esta Arcadia feliz. Pero ¿cómo sabes que serán para nosotros?

ATENAIDA

Porque es lógico y natural que así sea. Se ha restablecido la armonía universal, y ésta sería una nueva ficción si los que fuimos arrojados de aquí no volvieran á ser lo que fueron y á poseer lo que poseían.

ALEJANDRO

Amada mía, está muy bien... en principio...; pero falta que los hechos se acomoden á esa lu-

minosa idea. Tú no has visto al patriarca don Juan de Valtierra, no has hablado con él.

ATENAIDA

Mi conciencia purísima es espejo reluciente donde la voluntad divina proyecta la dirección que quiere dar á los hechos humanos.

ALEJANDRO

Hermosa idea es esa; mas para que yo la admita debo reconocerte como santa.

ATENAIDA

(Con naturalidad, sin jactancia.) La santidad, Alejandro mío, es cosa vulgar, vista y apreciada con el criterio común de las gentes; y yo, mujer vulgar, no tengo reparo en sostener que debo ser santa para ti, aunque no lo sea para los demás.

ALEJANDRO

(Con grande efusión.) Sí, y en mi corazón tienes tu altar. Eres la perfección humana; por tu constante actividad y tu labor infatigable vives irradiando energía y comunicándola á todos los seres que te rodean. Ejemplo soy de los efectos de tu santidad. Tú me sacaste del pantano de la mentira y de los convencionalismos sociales... Tú me trajiste del laberinto de Ursaria á la paz

de este Campo de la Vera, donde nacimos y donde santamente moriremos.

ATENAIDA

Aquí practicaremos la verdadera santidad, que consiste en cultivar la tierra para extraer de ella los elementos de vida, y cultivar los cerebros vírgenes, plantel de las inteligencias que en su madurez han de ser redentoras.

ALEJANDRO

Has hablado, Atenaida, como la propia sabiduría. Dos campos igualmente feraces nos ofrece la existencia humana: el campo físico y el campo espiritual. Laboremos. (Avanzan despacio hasta encontrarse entre las turbas alegres que celebran la festividad del solsticio, practicando, con abandono temporal del sentido común, las poéticas supersticiones y los absurdos disfrazados de milagros; consultando el rumor de los arroyos parleros, la estructura del huevo escarchado en un vaso de agua; recogiendo capullos de flores silvestres y atándolos con la liga de la doncella que busca novio, y otros mil sortilegios, como el poner en vinagre siete pelos de cabra negra para saber si el novio ha de morir aquel año; poner diferentes flores en un barreño de agua para lavarse con ella y curar todas las enfermedades que afean el cutis de las muchachas; guardar el agua serenada de la verbena, que las esposas dan de beber á sus maridos para curar el mal de celos; y, por último, la su-

blime extravagancia del sol, que al amanecer siguiente aparece bailando en el horizonte. Se aproximan al pueblo y distinguen la casona en que mora el patriarca Valtierra; pero aplazan su entrada en ella hasta el día próximo. Se van extinguiendo las hogueras; se amortigua el bullicio de las risas y cánticos; se aproxima el alba. Recostados al amparo de un castaño corpulento se quedan dormidos. La aurora asoma su rostro por los collados de Oriente. El sol aparece, como de costumbre, sin ninguna demostración coreográfica.)

ALEJANDRO

(Despertando.) ¡Ay, Atenaida, qué sueño he tenido!

ATENAIDA

Cuéntamelo.

ALEJANDRO

Lo que vi y oí en sueños ha sido como la misma realidad. Llegamos tú y yo juntos á nuestro patriarca... La estancia era la misma que conocí en mi niñez; ningún cambio noté en los muebles ni en los cuadros de santos y vírgenes... Don Juan de Valtierra, viejecito avellanado y fuerte, se levantó del sillón de vaqueta, y llegando á nosotros risueño nos abrazó cariñosamente. Luego me dijo: «Las tierras de la Vera y de Jaraiz, que fueron de tu hermano Demetrio y que éste me legó á mí en usufructo, pasan hoy á ser tuyas. Como mi fin está próximo,

el cortijo mío de Jarándula, las huertas de Talaveruela, la dehesa de Santiuste, donde pastan quinientas merinas y más de mil manchegas; el Collado de Torremangas de Aldea Vieja de la Vera, también son de tu propiedad, como consta en el testamento que otorgué dos días ha. Y á ti, Atenaida, te doy posesión de la magnífica escuela que he construido frente á esta casa. Nada te digo de tu participación en los bienes de Alejandro, pues ya sé que os casó mi grande amigo el cura bonachón de Rosales de Tejada». Figúrate mi asombro al oír de los labios de mi ilustre pariente la halagüeña notificación de mi patrimonio agrario, la noticia de nuestro casamiento...

ATENAIDA

(Interrumpiéndole con entusiasmo y firme convicción.) No es sueño, Alejandro. Todo es verdad. Verdad la posesión de tus tierras; verdad mi grandiosa escuela; verdad nuestro casamiento. Y ahora, si no te has convencido, entremos en la morada de nuestro patriarca tutelar. (Al decir esto, Atenaida se representa á los ojos de Alejandro como una belleza sublime: el cuerpo estatuario y arrogante la actitud; imperioso el gesto; circuida la hermosa cabeza con un resplandeciente nimbo de plata.)

CUADRO OCTAVO

ESCENA PRIMERA

Equinoccio de verano. ATENAIDA, EL CURA, SANTO PAJÓN. Muchedumbre de niños de ambos sexos. Extensa planicie frente á la casona de Valtierra; á la derecha la escuela, rodeada de frondosos árboles frutales y de amenos boscajes de mirto y laurel. Todo el segundo término, que abarca una gran extensión, es campo de labrantío, que ha dado abundante cosecha y se prepara para sembrarlo de nuevo. En el fondo un collado, cubierto en parte de espesa vegetación forestal. Es pleno día. Terminada una serie de estudios elementales, Atenaida da libertad á los niños para que se solacen en los amenos vergeles que rodean la escuela. Salen las criaturas marcando el compás con ritmo bullanguero y docente. El Santo Pajón les conduce, y contiene con suaves amonestaciones á los que se desmandan. Del ramaje florido se desprende sonata rumorosa de pájaros que charlan y niños que trinan. Entra por la izquierda el cura don Hilario, y se dirige al pórtico de la escuela, donde Atenaida contempla gozosa la infantil algazara.

EL CURA

Hola, maestra insigne. ¿Qué tal? Veo que esto va muy bien.

ATENAIDA

Sí, estamos en plena prosperidad. Ya pasan de trescientas las criaturas que tengo en mi escuela. Lástima que no pueda ver esta maravilla nuestro patriarca fundador.

EL CURA

El pobre Valtierra abandonó este mundo en cuanto pudo entregar á los seres queridos este suelo fecundo y el vivero de las futuras generaciones.

ATENAIDA

Sabrá usted que los niños comen y meriendan aquí y se van á dormir á sus casas, después de haber recibido la enseñanza elemental y el conocimiento práctico de cuanto constituye la vida humana. Presencian la siembra del grano, la recolección; ven el trigo en las eras, en el molino; y como tenemos tahona en la casa, se hacen cargo de las transformaciones de la mies hasta convertirse en pan. Saben cómo se hace el vino, el aceite, los quesos, el carbón, y conocen las manipulaciones del lino desde que se arranca de la tierra hasta que se convierte en la tela que visten.

EL CURA

¡Prodigiosa enseñanza!

ATENAIDA

A así, sin sentirlo, sin que se les sujete á una compostura impropia de la infancia, aprenden los chiquillos la Aritmética, nociones de Física, Historia Natural, Geografía, y cuanto es menester para la preparación de los distintos oficios ó carreras á que han de dedicarse, según la vocación de cada cual.

EL CURA

Y el gran labrador, don Alejandro, ¿dónde está? No le veo.

ATENAIDA

(Señalando al primer término del fondo.) Mírele, don Hilario, allí viene. (Aparece Alejandro arando con una yunta de bueyes; delante va el sembrador esparciendo el trigo.)

EL CURA

(Alzando la voz.) ¡Eh, amigo! Muy bien, muy bien, con la mano en la esteva; parece que toda la vida no ha hecho usted otra cosa. Ya veo: lleva usted la reja por el lomo del surco para cubrir la simiente.

ALEJANDRO

(Alzando la voz.) Hola, pastor curiambro. ¡Qué caro se vende usted! Allá voy. (Entrega la esteva á un mozo, y avanza hacia el proscenio.)

ESCENA FINAL

ATENAIDA, EL CURA, ALEJANDRO

EL CURA

(Estrechando la mano de Alejandro.) He venido á contemplar y admirar á mis nobles amigos en su laboriosa existencia.

ALEJANDRO

Yo cultivo la tierra y Atenaida los cerebros de esas tiernas criaturas.

ATENAIDA

(Avanzando con solemne arrogancia como personificación de una idea sublime.) Ved en esta mujer humilde el símbolo de la Razón triunfante. (Alejandro y el cura la contemplan extáticos; y ella, soberanamente hermosa, pronuncia las últimas palabras.) Somos los creadores del bienestar humano. El raudal de la vida nace en nuestras manos fresco y cristalino; no estamos subordinados á los que lejos de aquí lo enturbian. Somos el manantial que salta bullicioso; ellos la laguna dormida. (El rostro de Atenaida aparece coronado de estrellas.)

Fin de LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

MADRID.—Primavera de 1915.

GUÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

MADRID